

El héroe y las ideas en *Jicotencal*

Más allá de su mismo tema, el objetivo de *Jicotencal*¹ es evidente: se trata de suministrar héroes para las nacientes repúblicas americanas mediante la reapropiación de la historia. No debe olvidarse que es una obra del siglo XIX que refleja acontecimientos ocurridos en el XVI, en los primeros días de la conquista española. Pretende visualizar con la óptica decimonónica los sucesos de tres siglos antes y rescatar —e inventar si se precisa— la historia autóctona como una necesidad de su presente, que es nutrir las nuevas naciones y el orgullo de tener patria propia. Durante siglos se adulteró la historia como consecuencia del dominio y ahora se trata más que clarificar la historia verdadera —si hay alguna merecedora de ese nombre—, la que debió ser.

Lo primero que llama la atención en *Jicotencal*, siendo una novela, es que se encuentre dividida en libros y no en capítulos, como era de esperarse. Por ahí el autor quizá nos está brindando una clave de que su propósito, más que novelesco, es la voluntad de historiar y organizar su texto como tratado. La novela, porque así la recibimos hoy, empieza por el final: abre con el adelanto de los hechos que recoge

¹ Citaré por la edición de Filadelfia (1826), con las páginas entre paréntesis.



y quiebra el suspenso, que debe ser propósito de todo novelista puro, lo cual refuerza nuestra primera afirmación de que interesa más la acción que la ficción. Existe una idea de fatalidad destacada en la obra: "Estaba escrita en el libro fatal del destino la caída del grande imperio de Moctezuma..."

José María Heredia, en una oración patriótica pronunciada en Cuernavaca, donde era juez y vicepresidente de la Junta Patriótica, el 15 de septiembre de 1828, tendría pensamientos y frases que recuerdan el inicio de la novela:

Tres siglos ha que por una de las revoluciones ordinarias en la historia del género humano, la espléndida monarquía de los aztecas se convirtió en colonia de España. La tiranía de Moctezuma, que brillaba en el zenit de su gloria, sus ejércitos innumerables y el terror que inspiraba su nombre, desaparecieron ante la astucia y la espada de aventureros de Medellín [...] Sus consecuencias fueron la devastación del país y su degradación moral, sistemada por una administración débil y tiránica. Los indígenas que sobrevivieron al furor de la guerra, aislados y sumergidos cuidadosamente en la miseria y la barbarie, llegaron a olvidar las ofensas de sus padres y besaron por siglos la mano de sus opresores [...] *Estaba escrito en los decretos eternos de la providencia* que los mismos tiranos de Anáhuac diesen a sus pueblos el ejemplo saludable de hollar impunemente a un ídolo supremo del poder colonial...²

Ese comienzo pretende un sabor antiguo, tomado de la épica homérica, de recuento del suceso (para lección del común) y donde el novelista adopta el tono del filósofo que observa la historia. De ahí que no sea raro el parangón que hace de la conquista

² García, pp. 336-337. Las cursivas son mías.

americana y las invasiones de los bárbaros al Imperio romano, pues su función como historiador es relacionar los hechos y ver sus causas; como dice: "Ya habían visto los hombres irrupciones de bárbaros medio salvajes, que abandonando sus guaridas y su ingrato país, se apoderaron de climas más benéficos, destruyendo a sus antiguos habitantes" (p. 5). Se busca también prestigiar la civilización prehistórica, equiparándola con la latina e identificando a los españoles con las hordas nórdicas. Como la esencia de las causas está en su origen, el autor califica al motor de la conquista, el emperador Carlos V, como un "déspota" (p. 6) que no se ajusta estrictamente a la verdad histórica pues desconoce la legislación española de su época y no duda en calificar como "malafortunados" a los habitantes de la América occidental (p. 6), para realizar este rápido balance: "...Los republicanos valientes y aguerridos, los mercenarios vasallos de un tirano orgulloso, los que vivían en grandes familias con un cacique a su cabeza, todos sucumbieron a las artes e intrigas europeas, que un puñado de ambiciosos supo manejar contra su sencillez y contra su diferente manera de vivir" (pp. 6-7).

La intención de esta defensa de la autoctonía es evidente: por una parte se produce en la obra un pionero intento dirigido contra el muy tratado "eurocentrismo" y por la otra se incurre en la idealización del habitante autóctono, que se parangona con la idea —por cierto europea— del "buen salvaje".

La acción comienza *in media res*, pues el autor nos transporta al centro de la historia, ya con Cortés en México y ante las puertas de Tlaxcala, en Jacacingo de Zocothlán, lo que anuncia algo que se mantendrá a través de toda la obra: su sentido de teatralidad. Así aparecen los emisarios de Zempoala y

"Los republicanos valientes y aguerridos, los mercenarios vasallos de un tirano orgulloso, los que vivían en grandes familias con un cacique a su cabeza, todos sucumbieron a las artes e intrigas europeas..."

Al mismo tiempo que se incurre en el dislate de “los castillos y torreones” (ajenos a la arquitectura prehispánica), que indican una paradójica europeización en la mirada del autor, se trata de borrar las divisiones de clase o estamentos en la sociedad indígena.

con este ceremonial el autor desliza la idea que en el México prehispánico se aceptaba una suerte de “derecho de gentes”. La intención de idealidad no se oculta; de Tlaxcala se dice que: “por todas partes se dejaba ver la igualdad que formaba el espíritu público del país. Los castillos, los torreones y los palacios no contrastaban con las chozas de los pobres, insultando pública y escandalosamente su miseria” (pp. 8-9).

Al mismo tiempo que se incurre en el dislate de “los castillos y torreones” (ajenos a la arquitectura prehispánica), que indican una paradójica europeización en la mirada del autor, se trata de borrar las divisiones de clase o estamentos en la sociedad indígena, reducidos por su voluntad a una suerte de paraíso terrenal antes del pecado original. Sin embargo, la descripción de la región y ciudad de Tlaxcala, con ser inexacta, fue posiblemente aprovechada por el autor del otro *Xicoténcal*, pues tal parece que la copió. El sentido paradisiaco de Tlaxcala es reforzado por la etimología que la define como “tierra del pan” (paralelo con la “tierra prometida”) y, por otra parte, se comienza un proceso de representación espartana —que después se reiterará con frecuencia— de sus pobladores. “El carácter de los habitantes era belicoso, sufrido, franco, poco afecto al fausto y enemigo de la afeminación” (p. 10). La imagen del gobierno tlaxcalteca es un modelo tomado de la constitución primitiva de Roma o de los cantones suizos:

Su gobierno era una república confederada: el poder soberano residía en un Congreso o Senado, compuesto de miembros, elegidos uno por cada partido de los que contenía la república. El poder ejecutivo y al parecer también el judicial residían en los jefes o caciques de los partidos o distritos; los que, no obstante, estaban subordinados al congreso y éste en

los casos judiciales admitía también las apelaciones de sus sentencias. Los cuatro barrios de la capital eran considerados como cuatro distritos independientes... [p. 10.]

Este sentido de la “municipalidad” prehispánica es básico para entender la intención de la obra, que refleja no la realidad sino el modelo que se propone, y toma su inspiración por igual en Rousseau y en Montesquieu.

No se ahorran detalles para reforzar la “espartaneidad” de los pobladores, que carecían de sal y se pasaban sin ella por no comerciar con los vasallos de Moctezuma, lo cual temple su carácter para mantenerlos siempre en guerra e invencibles. Dentro de esa estructura social se anuncia la aparición del héroe, al señalar que “las armas de la república estaban confiadas a un general, que por lo mismo era también miembro del senado o congreso”, cargo que ocupaba Jicotencal “por sus talentos militares, sus buenas prendas y su puro y desinteresado patriotismo” (pp. 11-12); ésta es la primera caracterización del protagonista en la novela.

A la par, se contrasta en el propio bando indígena la virtud de Jicotencal con la maldad de Magiscatzin, su enemigo jurado, detonante de la desintegración que en su afán moralizador no ahorra el novelista al lector, pues a partir de él “las pasiones presidieron en el consejo de la nación y los tlaxcaltecas fueron al fin víctimas de su discordia” (p. 13).

En esta estructura republicana existe un sentido ritual, desdoblado en el protocolo y que deriva hacia conceptos arquitectónicos, como la llamada “calpisca” (una especie de edificio de espera, donde se aguardan las resoluciones del senado) y, con estas palabras, el “edificio nacional” que alberga al con-

**No se ahorran detalles
para reforzar
la “espartaneidad”
de los pobladores,
que carecían de sal y
se pasaban sin ella por
no comerciar
con los vasallos
de Moctezuma.**

La dialéctica que se establece en las discusiones es de corte socrático, razonador, donde se ataca al oponente a partir de sus propios argumentos.

greso tlaxcalteca (p. 13), en cuyo recuento incurre en errores como el de llamar “yopales” a los asientos, advertido en su momento por Luis Leal.³ Toda esta escenografía es necesaria para apoyar la teatralidad de la obra ya aludida y para generar la representación de lo que el autor llama “la autoridad nacional de la república” (p. 13). Los largos fragmentos de Solís y su *Historia...* han sido cuidadosamente seleccionados para exaltar las bondades de la sociedad prehispánica; logra revestir a los protagonistas de un brillo que alcanza incluso a sus habilidades oratorias. La acción podría ubicarse perfectamente en el Capitolio romano; habla Jicotencal: “¡Respetables y justos tlaxcaltecas! No en todas ocasiones se debe a las canas la seguridad del acierto: más inclinadas éstas al miedo que a la valentía, suelen ser mejores consejeras de la paciencia que del valor...” (p. 21).

En boca del joven, que expresa lo nuevo en oposición a lo viejo, se combaten las profecías fatales que desmoronarían el imperio y derrumbarían las libertades. Como buen retórico, Jicotencal *El Joven* acepta que *vox populi, vox Dei*, y se revela como un magnífico guerrero-orador, copiado del modelo romano (pp. 21-26).

Esos largos párrafos de Solís transcritos literalmente han reforzado mi sospecha de que la novela es un borrador, con la información suficiente para el pulido y lima posteriores, pero resulta mejor un boceto que una empresa acabada.

La dialéctica que se establece en las discusiones es de corte socrático, razonador, donde se ataca al oponente a partir de sus propios argumentos al revelar sus contradicciones. *El Joven* tiene un discurso netamente ciceroniano que lo hace desembocar en frases brillantes, de corte heroico y apodíctico: “Conozca el mundo que no es lo mismo ser victorioso

³ Véase Luis Leal, “Jicotencal, primera novela histórica en castellano”, *Revista Iberoamericana*, vol. XXV, núm. 49, enero-junio de 1960, p. 15.

en Tabasco que invencible en Tlaxcala” (p. 26). A esta retórica del valor, *El Viejo Jicotencal* opone la razón y la medida, como voces alternas que conviven en todo ser humano: “Cuando se trata de la salud de la patria todos los demás afectos deben callarse” (p. 26); su interpretación de las profecías sobre los hombres blancos y barbados revela que bajo sus vestimentas indígenas se abriga un enciclopedista, pues las valora como leyendas educativas con un sentido figurado y amplio. El autor ha cargado sobre él la responsabilidad de la traducción del universo, pues en razón de su edad es fuente de sabiduría; al hablar de la magnitud de los fenómenos naturales, dice que un espíritu superior quiere “dar-nos a conocer la grandeza del poder del que gobierna el mundo y la pequeñez e ignorancia de nuestra naturaleza” (pp. 28-29), que tiene por igual implicaciones panteístas, desmitificadoras y relativas que completan su silueta de “ilustrado” del siglo XVIII.

A la prudencia del anciano se opone el ímpetu del joven, que lo lleva a grandes aciertos, como afirmar que “jamás una nación hizo favores y beneficios a otra: el interés las conduce en sus relaciones recíprocas y la que más adelanta en la perfección es solamente justa con las demás” (p. 31). Es demasiado fuerte el eco roussoniano en estas y otras partes, como para ignorarlo.

Un recurso utilizado por el autor es la creación de oposiciones. Si en cierto sentido (no antagónico) están enfrentados los dos Jicotencales, hay un antagonismo entre ellos y Magiscatzin; asimismo es la relación que se establece entre Hernán Cortés y otro español, Diego de Ordaz, que es “joven de buena presencia, de talento claro y sólido y de un corazón recto y justo. Educado en el amor de la virtud su honradez, se había sostenido contra el espíritu de

**Un recurso utilizado
por el autor es
la creación de
oposiciones.**

Ordaz es la voz crítica dentro del terreno español, una suerte de Bartolomé de las Casas con coraza y espada que elabora un discurso revisor del oficial, universalista y trascendente.

su siglo” (p. 33). Esta semblanza lo opone, física y moralmente, al caudillo conquistador; Ordaz está convencido de la hipocresía de la Conquista (p. 33) y elabora un discurso crítico verdaderamente notable (p. 34), en el cual le echa en cara a Cortés su dudosa moralidad para encabezar una empresa que se proclama como santa, pues comete “amores adúlteros con esa india” (p. 35) doña Marina, la Malinche. Sin embargo, le atrae lo heroico que representa la empresa del Descubrimiento que realiza Cristóbal Colón, traicionado por la Corona y sus seguidores, con una clara idealización del personaje, por lo demás común en la época: como muestra puede recordarse que Heredia compone su laudatorio soneto “A Cristóbal Colón” en 1819.⁴ Ordaz es la voz crítica dentro del terreno español, una suerte de Bartolomé de las Casas con coraza y espada que elabora un discurso revisor del oficial, universalista y trascendente, que es la Conquista desde la misma Conquista, y que establece con el del joven general tlaxcalteca naturales correspondencias. Que no serán las únicas, por cierto, en la novela. Ordaz critica a su capitán, como en su momento Alvar Núñez Cabeza de Vaca al suyo, imbuido de desengaño pues “lo creí un hombre generoso y capaz de grandes virtudes” (p. 40), pero a pesar de ello debe seguir adelante con su destino, en una suerte de fatalidad compartida a través de toda la obra.

Los diálogos que se establecen entre Ordaz —conciencia crítica— y el padre Olmedo —conciencia de autoridad— se desarrollan en ambientes bucólicos y aunque por su tema se proyectan incluso hacia lo teológico, no dejan de tener apariencia de conversación pastoril. Olmedo representa la lógica religiosa pura, elemental y confiada, que las circunstancias pondrán a prueba, y exculpa a Cortés,

⁴ José María Heredia, *Poesías completas*, vol. I. La Habana: Municipio de La Habana, 1940, p. 153. Tiene otro poema sobre el tema: “Los compañeros de Colón”, *Poesías completas*, vol. II. La Habana: Municipio de La Habana, p. 189, que publicó en *El Amigo del Pueblo*. México, 7 de mayo de 1828.

pues "Dios ha escogido a grandes pecadores para instrumento de sus altos designios" (p. 41).

Otro personaje protagónico de la novela es Teutila, amada de Jicotencal *El Joven*. Virginal, capta las emociones aunque con diverso signo: Ordaz se enamora de ella, de igual manera que Cortés. Pero mientras el primero reproduce el ideal caballeresco de la época, el segundo refleja las más bajas pasiones, en una suerte de contrapunteo entre el amor galante y el amor profano. Poco a poco, por contraste y con dosis calculadas, se van añadiendo pinceladas a la pintura moral de Cortés: enterado éste por Olmedo del encuentro de Ordaz con la india, reconviene a éste por no haberla secuestrado, mostrándose a un tiempo felón e ingrato respecto a la hospitalidad recibida del pueblo de Tlaxcala, y también como hipócrita pues simultáneamente busca y solicita la alianza con ellos. El amor de Ordaz por Teutila es un ingrediente más en la trama de enredo romántica que va preparando el duro camino de los sacrificios. Teutila, en sus palabras (p. 56), se presenta como "hija de Ocambo, que fue cacique de Zocothlan u de Ozimba, hermana de Teutile, general de los ejércitos de Moctezuma, del que yo tomé nombre..." De esta manera, con la exposición de su genealogía no sólo se ennoblece la figura de la mujer que será motor y causa de la tragedia, sino que se enaltece a sus semejantes que reconocen una heredad de la sangre por servicios y méritos.

Así como Jicotencal es el opuesto de Cortés, Magiscatzin es el oponente de Ordaz: lo que éste tiene de fiel y sincero, lo tiene aquél de falso e hipócrita. En estas oposiciones es curioso notar que Moctezuma no cuenta: su figura aparece desvaída, como parte de una escenografía de segundos planos, muy de fondo; de hecho, no funciona en la no-

El amor de Ordaz por Teutila es un ingrediente más en la trama de enredo romántica que va preparando el duro camino de los sacrificios.

El centro de la trama es Tlaxcala y sus alrededores, escenario donde se producen los sucesos.

vela sino como referencia y a través del recuento en boca de otros, pero nunca directamente. El centro de la trama es Tlaxcala y sus alrededores, escenario donde se producen los sucesos. Esta circunstancia reitera el sentido de teatralidad de la obra que reúne los elementos de la tragedia clásica en la unidad de tiempo, lugar y acción, de acuerdo con los principios aristotélicos.

La imagen del padre en *Jicotencal* tiene especial significado; el noble y sabio senador tlaxcalteca es referido en términos de veneración:

Tal es el ascendiente de las virtudes, unidas al afecto paternal y el respeto que infunden unas canas venerables, que el impetuoso carácter de un joven valiente y vencedor se convirtió en la dulce mansedumbre de la inocencia sumisa a los consejos de la sabiduría...

Tu corazón no hubiera podido resistir al imperio de todas las virtudes reunidas en un solo hombre. [p. 64.]

Frases como éstas, adjudicadas a Jicotencal *El Viejo*, resultan reveladoramente semejantes a las que en varias oportunidades dedica José María Heredia a su padre; las semblanzas de uno y otro legisladores, fatigados en el servicio de sus convicciones, son muy similares, como puede comprobarse al examinar los poemas "A mi padre, en sus días" (de noviembre de 1819), "A mi padre encanecido en la fuerza de su edad" (de 1820) y "Carácter de mi padre", hermoso recuerdo elegíaco de Heredia escrito en noviembre de 1820, ya muerto su progenitor.⁵

Los discursos de la novela están marcados por la ideología y preferencias del autor, de tal modo que en ocasiones parecen totalmente extemporáneos,

⁵ Véase J. M. Heredia, *Poesías completas*, vol. II, ed. cit., pp. 245, 249 y 251.

como en alguna arenga del anciano senador, cuando se refiere a “el santuario de las leyes, el templo augusto de la libertad de Tlaxcala está contaminado sacrílegamente” (p. 65), y las frecuentes moralizaciones, de diversísima intención, que se recogen en el texto, como: “El cielo no nos ha dado nuestras inclinaciones para hacernos desdichados, pero es menester mucha prudencia y saber dominarse a sí mismo para que las pasiones sin freno no nos arrastren a una infelicidad merecida” (de *Jicotencal El Viejo*, p. 66).

Ideas que recuerdan el sentido de continencia que se manifiesta en la tragedia griega, en la cual Heredia era un verdadero experto. En este propósito de caracterización unívoca, las virtudes de Tlaxcala se revelan en correspondencia con las del héroe: justicia, valor, rectitud y generosidad, que trazan un perfil claramente espartano, en oposición a la “ateniense” México Tenochtitlan, afeminada y viciosa.

Ya dijimos que el anciano legislador habla contra las supersticiones condensadas en las profecías, que llama expresiones de “falso celo por la religión”, con el mismo acento razonador de un humanista ilustrado que busca encauzar el mundo —tópico del siglo XVIII— que tiene también fuentes clásicas sólidas y evidentes; defensor de la república contra las conjuraciones, su modelo es de manera clara el de Cicerón en las *Catilinarias* y así se muestra en sus imprecaciones contra Magiscatzin, con términos como “patricida” y provocador de una “guerra civil” de clara reminiscencia.

Otro elemento presente en la novela, dentro de la caracterización del héroe tlaxcalteca, es que en él se da la unión del amor por la mujer (cabalresco-medieval) y el amor por la patria (patriótico-romántico) que perfilan su silueta positiva. Su

Los discursos de la novela están marcados por la ideología y preferencias del autor, de tal modo que en ocasiones parecen totalmente extemporáneos.



amada puede definirlo como “un bravo, un gallardo joven, pero aún más virtuoso que valiente” (p. 75).

En el desfile de personajes por la novela, al interactuar todos se van estableciendo relaciones de correspondencia que pretenden ser lección. Así, Cortés propone a Teutila sea la mediadora con su amado Jicotencal, parangonándola —envileciéndola— de tal forma con doña Marina, interlocutora de los españoles con los indios.

El Libro II inicia con un exordio reflexivo que compara la reconquista española con la conquista americana. Se presenta ésta como consecuencia de aquélla, pero si bien existe la fe como rasgo en común de ambas empresas, los objetivos son diametralmente opuestos pues en una era la reapropiación y en la otra el despojo de lo ajeno. En este preámbulo se muestra a Cortés como “un joven de gallarda presencia, de talentos muy despejados y de un valor singular” (p. 82); realmente el conflicto está en lo moral y no en lo físico, aportando elementos que refuerzan su doblez: toda la perfidia en un continente amable. Hay detalles imprecisos y errores históricos, como cuando se cuenta el estallido del conflicto entre Cortés y su jefe Velázquez en alta mar y no desde Santiago de Cuba, según señalan los cronistas (quizá esto le daba un sabor “pirático” al guerrero español en la intención del autor), al que se califica como “insurrecto” (p. 86). Otro error es el muy difundido de la quema de las naves cortesianas, tan utilizado por los románticos pero contrario a la verdad histórica, pues los barcos fueron barrenados (p. 88). Increíbles son los detalles que brinda la novela, como hablar de la “gran muralla de piedra de Tlaxcala” (p. 89) que sin duda se inspira en el sistema de fortificación feudal europeo, pero desconocido para las necesidades prehispánicas. Hay

frases terminantes, erigidas en verdades indisputables, como que “el espíritu verdaderamente republicano jamás ha sido conquistador” (p. 89).

Las presencias históricas tienen un significado especial: además de los personajes principales, aparecen otros como el del célebre Gonzalo Guerrero, que recibe a la expedición de Cortés, en un primer síntoma de la integración de lo europeo a lo americano, como el avanzado representante de la transculturación que originará el criollismo. Caso contrario al *Xicotencal* valenciano, donde no aparece este nombre, quizá en obediencia a una verticalidad de los triunfadores para quienes el episodio de Guerrero resultaba un tanto cuanto comprometedor.

Al ser también novela de amores, en *Jicotencal* se aprecian motivos e implicaciones muy diversos y opuestos: en esta obra el rival amoroso del héroe no es Moctezuma —como aparece en la trama de García Baamonde— sino el propio Cortés. Sobre todo este clima de intrigas y acechanzas gravita siempre una atmósfera de destino inevitable: aun las victorias son matizadas con advertencias sobre la futilidad de las mismas; cuando el general tlaxcalteca triunfa —o casi— en su batalla contra Cortés, todo se frustra pues “el destino había decidido que el valor, la prudencia y el patriotismo se estrellasen contra la irresistible fuerza de sus decretos (p. 95). Quizá esta frecuente alusión al tema del destino sea una especie de homenaje del autor al pretendido fatalismo de la raza indígena y ha procurado este énfasis para darle mayor “indianidad” a su obra. Esta batalla aludida también aparecerá en la novela valenciana —de hecho, ambas obras parten de fuentes semejantes—, pero mientras en la visión española la retirada del guerrero indio se debe a capricho y volubilidad, en ésta del autor enigmático es la conse-

En *Jicotencal* se aprecian motivos e implicaciones muy diversos y opuestos: en esta obra el rival amoroso del héroe no es Moctezuma sino el propio Cortés.

Los desafíos de Jicotencal son de corte medieval y no los desdeñarían el mismo Amadís de Gaula o Esplandián.

cuencia de haber perdido a casi todos sus oficiales. Por supuesto que a García Baamonde le interesa contradecir las versiones de su antecesor en el tema para lograr el triunfo de sus propósitos de exaltación de Cortés, que pasan inevitablemente por la degradación de Xicoténcatl.

Estas descripciones de las batallas presentan acentos curiosos: como si se tratara de las campañas del Cid campeador, se habla de “atabales” y “bocinas” y las tropas indias se agrupan y organizan como “tercios”, traspolando los conceptos de la guerra europea. Hay frecuentes y sabrosos comentarios, bastante desgajados de su contexto, que ofrecen afirmaciones como la de que “el mundo es bueno por su naturaleza” (p. 99), y robustecen la silueta del desconocido autor como un ferviente volteriano, convertido por mágica transmutación en un Pangloss mesoamericano. Ese espíritu de caballerías está imbuido de numerosos modos en el texto novelesco; los desafíos de Jicotencal son de corte medieval y no los desdeñarían el mismo Amadís de Gaula o Esplandián. Esta forma de expresarse lo opone, por el verbo, a su contrincante Cortés, quien es incapaz de ideas grandes, sólo de frases huecas que complacen y favorecen sus designios. De igual manera que los varones protagónicos se oponen, también los personajes femeninos establecen agudas polaridades: Marina y Teutila reproducen el antagonismo de sus hombres y están silueteadas con ese propósito: la primera, todo vicio; la segunda, toda virtud. Un mismo personaje, como el anciano Jicotencal, puede verse valorado opuestamente de acuerdo con el origen del calificativo: “ostinado y terco” para Cortés, “austero y dulce” para sus allegados.

A despecho de su ingenuo esquematismo, la figura del héroe tlaxcalteca puede contrapuntarse

fructíferamente con la del capitán en la novela valenciana. Si en ésta es la expresión más acabada de un espíritu dominador e impositivo, en la edición de Filadelfia llega a tener cierta proclividad integracionista, como de germinal apertura criollista (no asombrarse: esa imagen es la de su autor, un criollo del siglo XIX) que abre cierta vertiente hacia una fusión de nacionalidades, según puede juzgarse por su actitud ante el amor de Ordaz por su amada Teutila: si no ha de ser de él, al menos que la reciba un español honrado como don Diego. La oposición se da por la virtud y el vicio, no por la nacionalidad y esto es muy importante para percibir el sentido superior de la novela.

Para llegar hasta el fondo mismo de su carrera de abyecciones, la Marina de *Jicotencal*, meretriz de Cortés, llega al colmo de su prostitución al tratar de seducir a Ordaz; en este caso, se trata de una doble traición, pues lo engaña como hombre y como capitán, ya que el jefe es una suerte de padre; así lo que propone a Diego de Ordaz enlaza con los tópicos del teatro clásico griego, de la madre que pretende al hijo, y se continúa más cercanamente con los motivos recurrentes del Romancero tradicional español. Sin embargo, la noción de honor entre los españoles es similar a la que existe entre los indios: ambos tienen patrones de conducta comunes, reglas equivalentes, como un calco mutuo que indican, a pesar de sus intenciones, esas miradas eurocentristas existentes en el discurso novelado, lo cual se lleva muy bien con la idea del "buen salvaje" y puede hallarse estupendamente ejemplificado en el diálogo entre Marina y Teutila (pp. 112-115). Esta confusión de valores le resta fidelidad a la novela, pero como no se pretende un discurso histórico riguroso, pueden pasarse por alto anacronismos

Para llegar hasta el fondo mismo de su carrera de abyecciones, la Marina de *Jicotencal*, meretriz de Cortés, llega al colmo de su prostitución al tratar de seducir a Ordaz.

Jicotencal se inscribe dentro de una corriente de pensamiento iniciada por Reynal en su obra sobre las atrocidades españolas en América.

tales como las “águilas de oro” que sirven de insignia y bandera a las tropas de Tlaxcala, cual si fueran legiones romanas.

Los móviles de los héroes Jicotencal y Cortés reproducen la misma disparidad que sus efectos: si el español se guía en todo por la conveniencia que lo revela ante todo como un político, el tlaxcalteca se rige por los principios, situación que lo lleva a su ruina iniciada con el desatamiento del acuerdo dictado por el Senado de Tlaxcala para establecer paz y alianza con Cortés.

Tiene razón Mercedes Baquero cuando menciona⁶ que *Jicotencal* se inscribe dentro de una corriente de pensamiento iniciada por Reynal en su obra sobre las atrocidades españolas en América, conocida como la “leyenda negra”, creada por historiógrafos franceses, ingleses y holandeses fundamentalmente, para competir por intereses coloniales con España y cuestionar la legitimidad de su posesión de tierras americanas; pero también es cierto que la matanza que describe la novela es histórica y está contada por los propios cronistas españoles: la destrucción de Cholula es uno de los episodios más sangrientos de la conquista americana y en *Jicotencal*, así como en sus fuentes, no se ahorran detalles de los tremendos suplicios, torturas y mutilaciones que ordenó ejecutar el capitán extremeño contra sus prisioneros vencidos.

La silueta de Cortés es marcadamente maquiavélica: atiende a los fines y no a los medios; su moral es pragmática, clara e implacablemente utilitaria. Así, por lógica progresión, prefiere negociar con el poder espurio de un Magiscatzin, quien le servirá como lacayo, que con el poder legítimo del Senado y su representante el anciano Jicotencal. Por el contrario, la prudencia se impone ante tanta vileza y el

⁶ Mercedes Baquero Arribas, “La conquista de América en la novela histórica del romanticismo español: el caso de *Jicotencal, príncipe americano*”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, junio de 1990, vol. 480, pp. 125-132.

legislador tlaxcalteca recomienda la paz coyuntural a su hijo (pp. 124-125) y de esta forma, de nuevo como en las tragedias griegas, el padre ocasiona sin desearlo la perdición del hijo, al que convence para que acepte llevar la embajada ante Cortés. Cuando éste lo recibe, lo abraza en un tópico evidente del “beso de Judas”, pues desde el principio de la trama está buscando destruirlo. El detonante de la tragedia es —tenía que serlo en una novela así—, la posesión de Teutila, a la que Cortés está decidido a pesar de reconocer en Jicotencal “su valor, su virtud, su fama y su nombre” (p. 129), pero la separación del indio está dictada por la razón de Estado, que abuelve al español y le abre todas las posibilidades para actuar de acuerdo con su relajada moral y complacer sus apetitos sensuales: Cortés une así, en su propósito de destruir a Jicotencal, la desaparición de su mayor peligro como rival amoroso y enemigo político, y suma conveniencia y apetito, con lo cual se agrega otro brochazo nefasto sobre su rostro.

Así como en la novela Cortés se depaupera moralmente, también se degrada Marina: mientras el capitán hace sus conquistas militares, ella trata de llevar adelante también alguna empresa de provecho personal, como la seducción de Ordaz, que consume en un instante de “debilidad” del guerrero: de idéntica manera que en su parigual indígena, con Ordaz se cumple un destino fatal. La escena en que Marina satisface sus deseos aparece candorosamente hurtada al lector con unos ingenuos puntos suspensivos... (p. 135). Después de realizado todo, Ordaz recupera su condición habitual y rechaza a Marina quien, como pasa con frecuencia en el texto, lo llama “Catón ridículo”, en un lenguaje increíble en una india de Tabasco que había aprendido el castellano apenas el día antes, por decirlo así. Las

La silueta de Cortés es marcadamente maquiavélica: atiende a los fines y no a los medios; su moral es pragmática, clara e implacablemente utilitaria.

**El autor es hombre
de sólida cultura,
no un periodista o
escritor improvisado.**

acciones se producen en paralelo, reiterando así el sentido de teatralidad de la novela, inspirada sin duda en un molde o esquema dramático, como se brinda en las contiguas empresas de conquista amorosa de Cortés y su concubina. Los acentos calderonianos y los temas del honor y el deber son evidentes y perfectamente audibles en estos diálogos, en que la muerte es preferible a la deshonra.

El autor es hombre de sólida cultura, no un periodista o escritor improvisado: la plática que se establece entre Olmedo y Ordaz después de la “seducción” de éste, conturbado por la experiencia de la víspera, es de claro corte peripatético, que además se apoya en el hecho de que ambos platican mientras caminan, como dos filósofos en el jardín de *Academos*. El sacerdote comienza su discurso de catequización con un español. El punto de vista del misionero, que responde a la autoridad establecida, coincide con la obediencia total al rey, circunstancia que hace aún más improbable que la autoría de la novela fuera del sacerdote independentista cubano Félix Varela, como propuso Leal⁷ (pp. 145-147).

No se ahorran esfuerzos para acentuar la teatralidad en el texto: el ejército cortesiano está presentado con toda su magnificencia y poderío (p. 148), así como la entrevista donde las partes sellan el acuerdo y éste adquiere valor sagrado. El hecho de colgar las armas de una ceiba (p. 150) (por cierto, curioso cubanismo) tiene un sentido litúrgico, ritual y simbólico en tres direcciones: la del culto druídico a los árboles —la encina, que no existe en América— como depositarios de los valores sagrados; la romancesca, pues Roldán pone sus armas al cuidado de un árbol; y, también posible, la de las religiones animistas tanto americanas como africanas, que dedican especial culto a la ceiba,

⁷ Véase Luis Leal, *op. cit.*, pp. 9-31.

como reducto de los *orishas* o deidades del panteón yorubá. A pesar de estas consagraciones, no se purifican los propósitos cortesianos y el capitán español desaira la hospitalidad que le ofrece Tlaxcala como aliado y se hospeda en la casa de su servidor Magiscatzin, infligiendo una primera mancha a su actuación como aliado.

El Libro III comienza, como es recurso habitual de la novela, con un exordio filosófico que podría parecer digresión, pero que funciona para adelantar el contenido del capítulo. En esta oportunidad va dedicado a comentar los cambios en la historia de las naciones y señala como origen: “El filósofo que examina con imparcialidad estos grandes sucesos, encuentra su causa en el influjo que ejercen sobre los pueblos las virtudes o los vicios” (p. 155). El afán moralizante es claro y en las épocas de agrietamiento social se impone la política de recuperar las raíces y “reanimar las virtudes” (p. 156). El viejo senador recomienda al hijo moderación y aconseja contemperizar con el enemigo. Es revelador que la alianza ya establecida por los indios con Cortés despierte en éste la necesidad de confirmarla —a pesar del ritual anterior, considerado suficiente y comprometedor— con un documento escrito, que fije y establezca la inviolabilidad del pacto: la palabra escrita consagra y posee carácter de irreversibilidad en la visión europea. No debe olvidarse que la conquista americana no fue sólo una empresa de soldados y sacerdotes sino también de escribanos que venían a “tomar posesión de la tierra” en nombre de los reyes españoles y, curiosa y deleitosamente, lo hacían con largos discursos en latín, pues supusieron que como descendientes del Jafet bíblico, los americanos conocían esa lengua. Pero lo que es más curioso y llamativo es que lo siguieran haciendo aún después de

No debe olvidarse que la conquista americana no fue sólo una empresa de soldados y sacerdotes sino también de escribanos que venían a “tomar posesión de la tierra”.

El mundo para el autor de *Jicotencal* no se divide en naciones, ni siquiera en clases, sino sólo en dos grupos: almas buenas y malas.

percatarse de que no hablaban latín, pues debían defender un rito que les otorgaba legalidad, consagrada por el mismo papa Alejandro VI desde el Tratado de Tordesillas. Así se obtenía, o mejor, se establecía, la obediencia de los pueblos, pues la concepción ya había sido consagrada por derecho divino. Pero el conquistador español resulta curioso para estos detalles legales, pues en ocasiones se mostrará coyunturalmente tolerante con las prácticas de los pobladores autóctonos, como la actitud de Cortés ante los ídolos en Tlaxcala, que no ordena destruir por conveniencia política, predominante sobre el dogma católico.

Con el preámbulo de un fragmento dedicado a la tolerancia mutua, que podría perfectamente suscribir fray Bartolomé de las Casas (p. 159), Ordaz y Jicotencal establecen una simpatía recíproca que confirma la tesis de la hermandad de las almas nobles, sin importar su nacionalidad. El mundo para el autor de *Jicotencal* no se divide en naciones, ni siquiera en clases, sino sólo en dos grupos: almas buenas y malas. Esta simplificación política y social, por otra parte, está muy de acuerdo con el superobjetivo integracionista, que adopta una forma de organización republicana expresada por el guerrero tlaxcalteca:

El gobierno de uno solo no me parece soportable, sino en los pueblos cuya ignorancia los hace incapaces de mirar por sí mismos, o cuyos vicios y envilecimientos los hacen insensibles a la opresión. Este gobierno tiene para mí el grande inconveniente de la natural propensión del hombre a abusar del poder, y cuando el poder de uno solo domina, no hay más leyes que su voluntad. ¡Desgraciado el pueblo cuya dicha depende de las virtudes de un hombre solo! [pp. 160-161.]

Sólo con un equivalente moral podía establecer Jicotencal un diálogo; así le responde Ordaz: "...los reyes de España nos han conducido a la gloria y las grandes acciones [...] el nombre del Rey va unido con todo lo que es grande, útil y bueno" (p. 161).

No puede suponerse que un intercambio franco como éste se produjera entre Cortés y el indio; hay un juego de ideas que reflejan y justifican sus posiciones, consagradas en la diversidad. Si el español afirma que "el honor de un español está identificado con la fidelidad a su rey" (p. 161), el indio responde:

ése [...] es mi grande argumento en favor de nuestro gobierno popular [...] A la sombra de nuestras leyes seguimos nosotros el camino de la virtud y de la gloria, y con ellas hemos ligado cuanto hay de bueno en la sociedad. Estas leyes, este orden y arreglo de lo que exige la utilidad común, no pueden perjudicarnos a menos que no sean malas por sí mismas. Pero un rey es un hombre, tiene pasiones y puede llegar a ser un monstruo... [pp. 161-162.]

El contraste es evidente, no con Ordaz sino con Cortés: si Jicotencal habla como actúa, el discurso del conquistador español está vacío de contenido, pues sus acciones distan mucho de sus palabras. Claro que el autor de la novela ha preferido dejarle a Ordaz otros momentos en que se luzca mejor; realmente, Ordaz es preferible como teólogo que como politólogo. En el siglo XVI no se discutían masivamente las formas de gobierno. Esto responde más al pensamiento iluminista ilustrado que buscaba formas de organizar y gobernar la sociedad: el autor es un hijo de su siglo. En esta disputa amistosa surge el elemento moderador que, por

Si Jicotencal habla como actúa, el discurso del conquistador español está vacío de contenido, pues sus acciones distan mucho de sus palabras.



ciencia y edad, sólo puede ser interpretado por el anciano Jicotencal; los llama “hijos míos” y se sitúa en el punto medio:

...Creedme que todos los gobiernos tienen sus ventajas y aun más todavía sus inconvenientes; más, según lo que yo he podido alcanzar de ese otro mundo, donde los hombres saben más que nosotros, allí como aquí la corrupción y los vicios son la muerte de los estados, como las virtudes forman su vida y su vigor. Un hombre que tenga el mando absoluto puede oprimir y vejar a su pueblo; pero si este pueblo tiene virtudes, la injusticia irritará su honrado resentimiento y él sabrá tomarse por su mano una venganza noble y eficaz, usando de sus derechos naturales. Mas si este mismo pueblo teme exponer los pocos bienes que le deja gozar su señor, si transige con el que lo esclaviza sus servicios y su envilecimiento, únicas causas de su sumisión, le hacen merecedor de su suerte. [pp. 163-164.]

En estos conceptos se palpa la presencia de un eco roussoniano tomado casi al pie de la letra de *El contrato social*, pero cabe también la suposición de otra fuente en las ideas del jesuita español Francisco Suárez (1548-1617), quien expuso doctrinas similares en sus *Disputationes metaphysicae*, *Jus Genticum* y *Defesio fidei*, por lo que se le llamó *Doctor Eximius*. Muchas veces, al hablar del pensamiento independentista y liberal en Hispanoamérica se pasa por alto esta referencia importante y se circunscribe todo a la casi obligada mención de las fuentes francesas. Continúa el legislador indígena, en una conversación verdaderamente inaudita entre indios y españoles, digna de la Academia, pero nunca en plena batalla:

Del mismo modo en las repúblicas, cuyo flaco es la inquietud y la discordia, tan naturales a la humanidad, si la masa de la nación es justa y honrada; se desharán como el humo estos estorbos para su dicha: las diferencias producirán algunas escenas de movimiento; pero el primer peligro reunirá invenciblemente al pueblo que no se vea arrastrado por las pasiones y por los vicios a las parcialidades y a los bandos... [p. 164.]

Obviamente, estas palabras no están dirigidas, aunque así lo pudiera parecer, a los personajes del siglo XVI de la novela, sino a los contemporáneos del autor, pues en los albores de la vida independiente de las jóvenes repúblicas hispanoamericanas se desató una ola de guerras civiles y de banderías que hizo palidecer los ideales de renovación y mejoramiento que animaran a muchos patriotas.

Nada se escatima para reafirmar los rasgos de los personajes: en el proceso de desmoralización personal, Marina pasa de ser concubina a celestina de Cortés; por decisión del capitán deberá propiciar sus deseos carnales con Teutila (p. 166). Detalles como éstos conducen al desafío personal entre Jicotencal y Cortés, ambas figuras finalmente enfrentadas. La soberbia española se manifiesta en la negativa para acceder a la devolución de la india Teutila (que como noble tiene por cierto el derecho feudal del rescate) (p. 167). En este juego de pasiones, el autor se sintió sin duda atraído a incluir una cierta *comedy of mistakes* ajena a su asunto y expuso las equivocaciones amorosas de Cortés deseoso de Teutila, Jicotencal atraído por Marina y ésta amante de Ordaz, que a su vez ama a Teutila: esto disiente de la intención como un fallido injerto del teatro de enredos.

**Nada se escatima
para reafirmar
los rasgos de los
personajes:
en el proceso de
desmoralización
personal, Marina
pasa de ser concubina
a celestina de Cortés.**

Decidido a culminar su obra, el autor no economiza rasgos negativos sobre Cortés, a quien pinta ya francamente como un energúmeno.

El pasaje del ascenso al Popocatepetl, que señalé como posible prueba de la paternidad herediana de la novela y que ya comenté en otro lugar de este estudio, lo obvio ahora. Pero sí quisiera destacar que es curioso, dentro de la caracterización de Diego de Ordaz, que para favorecerlo se hurta un detalle importante al lector: contrariamente al poema, en la novela no se dice nada sobre cómo influyó este aventurado ascenso en el descubrimiento de azufre en su cráter, utilizado para elaborar la pólvora de la cual estaban tan necesitados los españoles para sus armas. Este ahorro del autor no es casual: se evita así la implicación del paradigma español con una acción que redunde en destrucción y se favorece su imagen de pureza. Debe recordarse que en la novela reacciona iracundo ante la posibilidad del proyecto de la unión del héroe tlaxcalteca con la infame concubina del español: "Unión tan monstruosa. ¡La perfidia unida a la franqueza, el vicio a la virtud, el envilecimiento a la nobleza!..." (p. 188). Un hombre que se expresa así, atendido a tan sólidos principios, no puede ser utilizado por la providencia para la muerte. Este rasgo se añade a los otros que trazan, como en Jicotencal, una silueta nítidamente caballerescas: así se muestra en la escena de justa galante que se da entre uno y otro, declinando en favor del rival la prenda de Teutila; los dos se privan de ella para beneficiar al contrincante (p. 190).

Decidido a culminar su obra, el autor no economiza rasgos negativos sobre Cortés, a quien pinta ya francamente como un energúmeno, pues "sufre unas bascas mortales y unos accesos convulsivos de rabia" (p. 199) que terminan por animalizar su figura, privada de todo lo racional. En este punto estallan los conflictos, ya bien situados los personajes (p. 203), y es la reacción de Ordaz la que salva el ho-

nor español ante la infamia que pretende su jefe. Cortés continúa manejando la reserva como táctica y se sustrae en el silencio de sus planes bajo la disculpa, una vez más, de la "razón de Estado"; un viejo endeble pero firmísimo como el senador Jicotencal, denuncia que bajo su misterio se esconden el apetito y el capricho del gobernante y afirma: "La justicia es la única regla que debe regir todos los intereses de todas las causas; y sin ella no hay ni política ni gobierno, sino despotismo, desorden y tiranía..." (p. 211).

Estas figuras de nobleza son contrapuestas por el dúo Magiscatzin y Marina, complementarios entre ellos: ambos son de un entreguismo palpable y tendrán su arrepentimiento más o menos tardío. Ellos ignoran la justicia y sólo se dirigen hacia el triunfo de sus fines sin importarles los medios para lograrlos. Son antagónicos de Jicotencal *El Viejo*, que pone siempre en primer plano la justicia, con una admirable persistencia que casi se convierte en obsesiva. ¿Habrán en este énfasis justiciero una nueva clave de Heredia para reflejar en la figura del legislador tlaxcalteca la propia silueta paterna, hombre de leyes igual, que fue malogrado en sus propósitos y abatido por un poder superior?

La integridad de Jicotencal se pone a prueba y siempre sale triunfante: cuando Teutila logra huir de Cortés y se encuentra con su amado, éste prefiere la salud de la república y el cumplimiento de sus deberes y compromisos: con dolor profundo la devuelve a su cautiverio.

El segundo tomo abre con el Libro IV, nuevo acto de la tragedia. Cumpliendo el esquema, comienza con el exordio moralizante, destinado a prevenir la división de las naciones:



Aunque el autor cuida de recalcar que Jicotencal no participa en la toma, destrucción y masacre de Cholula, sí forma parte de su ejército, pero sin lastimar su imagen heroica.

Quando las divisiones intestinas rompen la unión de un pueblo, este es sin recurso la víctima de sus enemigos; y más infaliblemente si la astucia y las artes de la política se saben aprovechar de las ventajas que les ofrece la discordia. ¡Pueblos! si amais vuestra libertad, reunid vuestros intereses y vuestras fuerzas, y aprended de una vez que si no hay poder que no se estrelle cuando choca contra la inmensa fuerza de vuestra unión, tampoco hay enemigo tan débil que no se venza y esclavice cuando os falta aquella... [p. 5.]

Este verdadero canto a la unión se contrapone con el exacerbado apetito de Cortés, que se convierte de destructor de ídolos en ídolatra del poder. Las intrigas parten de este nudo y así se mueven los personajes: Cortés, de uno u otro modo, gobierna los destinos. Aunque el autor cuida de recalcar que Jicotencal no participa en la toma, destrucción y masacre de Cholula (lo contrario que en la edición valenciana), sí forma parte de su ejército, pero sin lastimar su imagen heroica.

La imagen de Moctezuma, ya lo dijimos, es desvaída y como por reflejo, para mantener la unidad de acción y espacio y no distraer la atención sobre los personajes principales. El monarca azteca es apenas una referencia que se convierte en símbolo de progresiva depauperación, como causa de la pérdida del imperio y de la autonomía, y en las pinceladas que trazan —o bocetan— su carácter, el autor lo destaca como absolutista y corrompido. El novelista, liberal hispanoamericano de principios del siglo XIX, alude constantemente a una conducta prototípica: la del rey español Fernando VII. Nada hay de lo dicho sobre Moctezuma que no pueda aplicarse al soberano ibero. De ahí

también la reacción de García Baamonde, partidario del absolutismo, y su novelado intento descalificatorio. Recuérdese, también, que Heredia había dedicado su drama *Tiberio* a Fernando VII en términos tales que Menéndez Pelayo los consideró insultantes.⁸

El tío de la amada del héroe, el general Teutile, se revela como un filósofo: "...cuando el despotismo y la tiranía toman las riendas del gobierno, el azote que descarga su mano de hierro irrita al fin a los que tiran de su carro; y más pronto o más tarde siempre arrastran los hombres al que los quiere conducir con la violencia y la opresión" (pp. 19-20).

Desde cierto punto de vista, y teniendo en cuenta la circunstancia del novelista, quizá esta denuncia del despotismo pretende exculpar a las naciones súbditas que ayudaron al español a destruir el imperio mexicana. Con la experiencia histórica de por medio, Cortés vendría a ser la representación de Napoleón en su guerra contra España. Las intervenciones de Teutile tienen gran importancia en la obra, como que es la voz guerrera desde las filas de Moctezuma. Trae las noticias de Tenochtitlan y se convierte en el mensajero dramático: "Tu patria no es ya Tlaxcala; la humanidad reclama tus servicios y un mundo entero te señala como a su libertador" (p. 23).

En primer término ha dejado la universalidad, causa común de todos los hombres ciudadanos del mundo. En realidad, las intervenciones de Teutile resaltan por su fineza y perceptibilidad, ajenas a su condición guerrera, y lo elevan como verdadero estratega, casi un estadista. Tiene el don de la persuasión y comparte ese papel con el senador tlaxcalteca. En su cita anterior, junto con la universalidad, el autor se proyecta de manera evidente: nadie mejor que un exiliado político para comprender que su pa-

Las intervenciones de Teutile tienen gran importancia en la obra, como que es la voz guerrera desde las filas de Moctezuma.

⁸ Véase Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana*.

Hay numerosas, aunque breves y fugaces, alusiones a una cierta liturgia masónica en la novela, como cuando el anciano Jicotencal impreca al "Gran Ser que gobierna el mundo".

tria es el mundo. Como gustaba citar Heredia, en sus momentos de mayor depresión y frustración: "*Ubi pacis et libertas, ibi patria*" ("Donde se encuentran la paz y la libertad, está la patria." ¿Quintiliano?)

Teutile se revela con dotes de estrategia; mira más allá de lo inmediato y prevé una nueva sociedad, depurada por medio del sacrificio: "Vencidos los extranjeros, los mexicanos y tlaxcaltecas harían una paz sólida, asegurada en una reforma, tan generalmente deseada y tan necesaria en el imperio de México..." (pp. 24-25).

En otras palabras, lo que se propone es, a semejanza del modelo inglés, una monarquía constitucional con reformas liberales: en el texto el autor se refleja como en un espejo de notable fidelidad.

Hay numerosas, aunque breves y fugaces, alusiones a una cierta liturgia masónica en la novela, como cuando el anciano Jicotencal impreca al "Gran Ser que gobierna el mundo" (p. 26), y en otras partes donde se le alude como constructor y organizador del universo. El texto subyacente es, creo que de manera perceptible, el "Gran Arquitecto". Este sentido masónico de la novela hace aún más improbable que su autor fuera un presbítero católico como Félix Varela, pero sí sería muy congruente en relación con Heredia, pues de hecho existen fuertes sospechas de que fue masón y afiliado al rito yorquino, que tanto influjo tuvo en la política mexicana de entonces, y se inspiraba en las logias estadounidenses con las que el poeta tuvo contacto.

A esta altura aparece el "bravo Cualpopoca" (p. 31) (Cuitláhuac) que encabeza una revuelta (por supuesto, sin la intervención de Moctezuma quien, para colmo, no se dirige a su prisión engañado sino que se entrega a los españoles por temor)

(pp. 31-32). No se escatiman epítetos positivos para Cualpopoca: al de "bravo" se suma el de "valiente" y la rebelión se extiende explosivamente, pues se añade de Cacumatzin (Cuauhtémoc), que ante el deber patriótico se opone a su tío, el abyecto emperador.

El sentido y proyección de los ritos en la novela indican una singular heterodoxia: la boda de Jicotencal y Teutila es una curiosa combinación de las ceremonias espartana y cristiana. Las verdaderas "admoniciones" que pronuncia el oficiante indígena son equivalentes a las que prescribe san Pablo en su Segunda Epístola a los Corintios.

El autor no podía suministrar muestras de vicios en su obra de carácter moralizante, sin que al mismo tiempo proveyera la expiación y el arrepentimiento ejemplares de las culpas. Magiscatzin primero y Marina después abjurarán de sus pasados yerros. El indígena cómplice de Cortés se convierte al catolicismo, consciente de su degradación, y completa su proceso de sumisión hasta el terreno de la fe y las creencias (p. 46). El autor hace coincidir la muerte de Magiscatzin con la de su oponente, el viejo Jicotencal: ambos antagonistas deben desaparecer y junto con ellos el viejo orden que representan, dando paso a uno nuevo, de cambios catastróficos. Ellos no pueden presenciar ese futuro. El sacerdote Olmedo trata de convertir al padre del general tlaxcalteca al catolicismo, pero éste se opone y es curioso que su defensa para mantener la fe original no se elabora a partir de ella misma y su tradición, sino que enfrenta los postulados de la religión europea con la experiencia misma de la Conquista, revelando sus contradicciones (pp. 45-57) con un tono y estilo profundamente cartesianos y de inspiración panteísta.

La adversidad se cierne sobre los malhechores; Marina presenta un parto peligroso del hijo que es-

El sentido y proyección de los ritos en la novela indican una singular heterodoxia: la boda de Jicotencal y Teutila es una curiosa combinación de las ceremonias espartana y cristiana.

Para movilizar los conflictos, el autor utiliza repetidamente el recurso del malentendido.

pera de su amo y señor. El autor aprovecha para la reflexión moralizante:

...Los dolores del parto acometieron a Doña Marina; ésta había enervado su natural robustez en los excesos a que se había aficionado con vehemencia y la naturaleza, que jamás deja estas faltas sin castigo, se conmovió con síntomas mortales en un momento, del que sale la templanza bien a poca costa. Su educación religiosa había sido demasiado superficial y la muerte, rodeada de espectros horribles se presenta a su imaginación. Esta loca de la casa, como la llama una SANTA española,⁹ aumentó al infinito sus preocupaciones y sus errores: y los remordimientos más crueles vinieron a hacer su estado verdaderamente lastimoso... [pp. 64-65.]

Ante la amenaza de aniquilación, Marina asume sus culpas y se salva por la contrición: el recurso de la expiación por una confesión pública de sus pecados es de corte netamente romántico, pues grandes males requieren grandes remedios. Al mismo tiempo, la absuelve el milagro de la maternidad, bajo la advocación de la Virgen María y, para hacer evidente esta absolución, el autor coloca a Teutila, paradigma de la virtud, como enfermera de la oveja vuelta al redil, ya purificada. Este alumbramiento tiene también otra utilidad para el narrador: hasta la saciedad se ceba en Cortés que, además de todo, es presentado como padre réprobo, pues no se ocupa de su hijo recién nacido por atender sus apetitos, lo cual completa una figura que por cualquier ángulo que se mire resulta repulsiva.

Para movilizar los conflictos, el autor utiliza repetidamente el recurso del malentendido; agiliza o detiene las acciones con este fin y se precipitan los

⁹ Santa Teresa de Ávila. Anotado en la edición original.

acontecimientos que conducen irremisiblemente al precipicio. Las nubes interpuestas entre el joven general y su amada, que involucran al pundonoroso Ordaz, son un poco de condimento en esta trama, aunque ésta se encuentra proyectada en el sentido de la moralidad y la propaganda.

El Libro V está destinado a prevenir sobre los peligros de la tibieza y es el elogio de la decisión:

En los grandes apuros las resoluciones medias producen siempre los resultados más funestos. La pereza natural al hombre y el temor de desprenderse de las cosas que se aman demasiado son siempre los consejeros de esas medidas de temporización que dan infaliblemente la victoria a los perversos cuya fuerza se funda en la osadía y en la constancia.

[p. 85.]

Un autor querido a Heredia, Horacio, había dictaminado ya que "*audens fortuna juvat*" ("la fortuna es de los audaces"), y un personaje histórico cercano al autor, el francés Danton, había dicho que su norma de vida era "audacia, audacia y más audacia". Las debilidades y contradicciones que aparecen en el campo indígena —ya en Tlaxcala, en Zempoala, o en la propia Tenochtitlan— son el catalizador de su propia destrucción: entre los españoles nunca hay variación ni duda sobre sus objetivos, de ahí su victoria. Con esta introducción, el general Teutile trae la noticia de la caída de Moctezuma, símbolo de la vacilación, reforzando la voluntad autoral de que la acción principal se desarrolle en Tlaxcala. Muertos ya Magiscatzin y el viejo Jicotencal, sólo restaba que desapareciera el último vestigio del antiguo orden, el emperador Moctezuma, y su sitio fuera ocupado por un equivalente del general tlax-

Las debilidades y contradicciones que aparecen en el campo indígena —ya en Tlaxcala, en Zempoala, o en la propia Tenochtitlan— son el catalizador de su propia destrucción.

A la muerte de Moctezuma, un nuevo emperador supone un cambio en la dignidad nacional ahora recuperada por el enfrentamiento.

calteca: Guatimotzin (p. 97). La referencia a Quetlabaca (Cuitláhuac) es breve y de pasada, sin énfasis, como figura de transición en definitiva. No se ahorra el detalle para completar el funesto cuadro que presenta Moctezuma en sus últimos momentos, en que por orden de Cortés pide la rendición de sus partidarios (p. 109), aunque la pedrada que recibe como respuesta le llega cuando sirve como escudo al conquistador español (p. 110); esta versión difiere notablemente con el cuadro de la muerte del gobernante azteca que se ofrece en la obra valenciana, su contraparte. El nuevo emperador supone un cambio en la dignidad nacional ahora recuperada por el enfrentamiento. El suceso de la “Noche Triste” muestra a Cortés llorando su derrota —en la edición valenciana ni se menciona siquiera— y se concluye sobre esta debilidad: “Fleaqueza notable y no sin ejemplo de esos ambiciosos a cuyo valor nada resiste en la prosperidad, pero que en la desgracia manifiestan las miserias de la naturaleza humana” (p. 114).

En cambio se introduce el error de presentar la batalla de Otumba como una victoria mexicana (18 de julio de 1520). Teutile es el emisario que, utilizando este otro recurso de la tragedia griega, comunica los acontecimientos, como ya ha pasado antes en la novela.

Cortés comprende su situación desesperada y apela a grandes decisiones: intriga para destituir a Jicotencal del mando de la tropa que le encomendó la república tlaxcalteca y el padre del general apoya este recurso para salvarlo. El ascenso indetenible del conquistador al poder hace que surja en labios indígenas la inaudita mención de Bruto (p. 122), figura por demás entrañable para Heredia, como puede comprobarse en su “Himno del Desterrado” (escri-

to en septiembre de 1825).¹⁰ Cortés logra que el Senado condene a su antiguo general y, al producirse este hecho, el autor sentencia: “Desde ese momento dejó de existir como nación la república de Tlaxcala” (p. 125). El ciclo fatal se ha cerrado. Y agrega:

La soberanía de los estados es como el honor de las mujeres: cuando los pueblos la conservan intacta, son respetados y estimables, como lo es una mujer honrada en todos los países; mas cuando el interés, la corrupción, la debilidad o cualquiera otra causa les hacen ceder su apreciable joya, ni los unos ni las otras son más que objeto de desprecio, dignos, cuando más, de lástima y conmiseración. Sin embargo, los pueblos pueden revivir el honor y lavar su envilecimiento, reconquistando con valor lo que les arrancara el torrente de la fatalidad... [p. 126.]

Marina no puede menos que experimentar el influjo bienhechor de la proximidad purificadora de Teutila, “hasta que la muerte de Magiscatzin vino a determinar irrevocablemente su conversión a la virtud” (p. 128). El arrepentimiento y la muerte del otrora cómplice de Cortés (pp. 129-132) está ofrecido sin escatimar detalles repulsivos: se retracta pero ha sido mal servidor de unos y otros, y muere en pecado con una maldición en los labios que lo condena. Contraste diametral con el fallecimiento de Jicotencal *El Viejo*, rodeado por su familia, firme en los principios que ha mantenido toda su vida, ejemplo de rectitud y probidad, cumplidor de sus deberes como ciudadano y de sus responsabilidades como legislador. Al narrar estos sucesos aumentan los brillos de uno y las negruras del otro, por contraste. Esto precipita la recuperación de Marina que como conocedora ofrece la disparidad desde aden-

El arrepentimiento y la muerte del otrora cómplice de Cortés está ofrecido sin escatimar detalles repulsivos.

¹⁰ J. M. Heredia, *Poesías completas*, vol. II, ed. cit., p. 74.

El énfasis en el paralelismo contrastante y en la oposición es un recurso grato a Heredia.

tro, pero con la visión natural: “Veo en vosotros la monstruosa mezcla de las máximas más justas y más dulces con los hechos más atroces y más inicuos, y de los discursos más profundos y delicados con los absurdos más necios y despreciables...” (p. 133).

Ningún momento más dramático que éste para que Marina-Malinche y ahora de nuevo Malintzin pronuncie su abjuración en presencia de Olmedo. Este énfasis en el paralelismo contrastante y en la oposición es un recurso grato a Heredia, que lo utilizó en numerosas oportunidades; entre otras, en el citado “Himno del Desterrado”, unos de cuyos más memorables versos dicen, hablando de Cuba: “En tu seno se miran/en el grado más alto y profundo/la bellezas del físico mundo/los horrores del mundo moral...”

El viejo tiempo ha terminado; entre resplandores atemorizantes, comienza uno nuevo: al desaparecer de la escena los viejos y gastados Jicotencal y Magiscatzin, sus hijos de igual nombre ocupan sus respectivas posiciones: el hijo del cómplice, cómplice él mismo, suple a su padre en el servicio desleal; el vástago del legislador asume la dirección del enfrentamiento. Es una suerte de relevo generacional que indica la continuidad. Se mantiene así por otra parte el antagonismo, pues no es propósito del autor, con su intención trágica, que el héroe quede solitario en la escena. Al sepultar grandiosamente al viejo senador, sin la asistencia de Cortés por cierto, también se está enterrando simbólicamente a la república, que perece con sus mejores hijos. La descripción del ambiente de entonces en Tlaxcala es lapidaria: “Los vínculos sociales estaban rotos; la autoridad prostituida, la traición dominante y premiada, el patriotismo y el mérito despreciados; hollados los derechos y ultrajadas las leyes...” (p. 158).

Y esto presenta singular coincidencia de nuevo con Heredia, quien en el ya citado "Himno del Desterrado" brinda un panorama muy cercano:

Bajo el peso del vicio insolente
La virtud desfallece oprimida
Y a los crímenes y oro vendida
De las leyes la fuerza se ve.
Y mil necios, que grandes se juzgan
Con honores al paso comprados,
Al tirano idolatran, postrados
De su trono sacrílego al pie.¹¹

Y en otro de sus poemas, "Al C. Andrés Quintana Roo. Segunda Epístola", expresa parecidos conceptos:

...El despotismo,
Aunque menos feroz y sanguinario,
Volvió a tender su abominable cetro,
Confundiendo a culpados e inocentes
En ostracismos bárbaros. Furiosa
Tronó doquier la pérfida venganza;
Organizóse destructor sistema
De expoliación y de rapiña infame,
Y holláronse del hombre los derechos.¹²

En un trabajo temprano (1821), "Misantropía",¹³ Heredia denunciaba con parecidos términos, estrechamente relacionados con la imprecación de la novela de 1826:

Yo vi al pueblo furioso
De pérfido tirano
Frenéticos besos la Cruenta Mano,
Y bendecir su yugo pavoroso.

¹¹ *Ibidem*, p. 75.

¹² *Ibid.*, p. 130.

¹³ *Ibid.*, p. 198.

**El héroe trágico
ha aprendido
ya las artes de la guerra
a la manera europea
de sus propios
dominadores.**

¡Ay! de mis defensores al suplicio
Vile aplaudir con vértigo funesto
Apellidar flaqueza la templanza,
Y sublime virtud y santo celo
Por el honor del cielo
El odio vil y bárbara venganza.

[...]

Justicia, humanidad, atropellados
Vi de la patria en el sagrado nombre:
Como tigres o furias irritadas,
Doquier vi al hombre perseguir al hombre.
Doquier la demagogia sanguinosa,
Cual hidra ponzoñosa,
La multitud escuálida subleva,
A desgarrar el seno de la patria
Con furibunda ceguedad la lleva;
Y maldiciendo el yugo de los reyes,
Cubre de fango, lágrimas y sangre
La libertad y las holladas leyes...

No son éstos los únicos ecos afines entre la novela y la obra herediana; un análisis más minucioso revelaría otras coincidencias significativas.

El héroe trágico, en la preparación de su martirio, ha aprendido ya las artes de la guerra a la manera europea de sus propios dominadores, lo cual lo convierte en un peligro aumentado para Cortés, que decide destruirlo no al modo viril de un enfrentamiento directo y personal, sino mediante la intriga: la perfidia del conquistador se muestra ejemplarmente con brillos sombríos al comprobar el axioma "*Divide et impera*" ("Divide y reinarás"). Así se llega al Libro VI, que una vez más, con destacable insistencia, analiza en su exordio el problema de la justicia y la legalidad viciadas:

Cuando el poder arbitrario llega a asesinar a un hombre virtuoso, cubriendo este horrible atentado con una farsa judicial, tan ridícula como insultante; y cuando el despotismo descarga así su mano de hierro a presencia de un pueblo que no le ahoga o despedaza en la justa indignación que debe excitar tan bárbara tiranía, ese pueblo sufre justamente sus cadenas y aún estas son poco para lo que merece su cobarde y vil paciencia. La Justicia es el alma de la Libertad y esta matrona benéfica, manantial fecundo y único de todos los bienes sociales, es tan celosa de su pundonor, que vuelve la espalda al país que no sabe vengar sus insultos y abandona la generación presente y las futuras a la orfandad y a la esclavitud. Por esta razón se contienen los déspotas en su sed de sangre y de venganza hasta que, caminando cautelosamente y de paso en paso, les muestra la experiencia el envilecimiento de la nación que oprimen. [pp. 167-168.]



Por cierto, en la oración patriótica ya citada de 1828 Heredia dice:

Gloriosa y noble es la carrera que nos abre el gran deber de conservación y defensa de nuestras independencia y libertad, depositadas en la constitución, como las tablas divinas de la ley en el arca de la alianza. Pero [...] jamás olvidemos que *la justicia es la base de la libertad* [subrayado del autor]: que sin justicia no puede haber paz y sin paz no puede haber confianza, ni prosperidad, ni ventura...¹⁴

Se repiten las mismas ideas y casi en idénticos términos en otra circunstancia patriótica similar, cuando en Toluca, el 27 de septiembre de 1834, He-

¹⁴ Manuel García Garófalo Mesa, *Vida de José María Heredia en México*. México: Ediciones Botas, 1945, p. 338.

Heredia tiene que huir de Cuba y refugiarse en Estados Unidos perseguido por la justicia colonial.

redia declara: "...Jamás olvidemos que *La justicia es la base de la libertad* [subrayado del autor]; que sin justicia no puede haber confianza, ni prosperidad, ni ventura..."¹⁵

Admirable e insistente personificación del poeta cubano.

La primera parte de este discurso fue propuesta por Luis Leal como una de las posibles pruebas para sustentar la candidatura de Félix Varela a la autoría de la novela, pero —como ya señalamos en su momento— la segunda parte del fragmento niega esa posibilidad y ahora me gustaría agregar que confirma en ese mismo sentido la de Heredia, quien tiene que huir de Cuba y refugiarse en Estados Unidos perseguido por la justicia colonial que lo ha condenado mediante una farsa judicial que pone en riesgo su libertad y su vida. De ahí que el tono del narrador tenga matices de auténtico compromiso con el tema y se convierta en fiscal:

Tal fue la infame política que condujo a Hernán Cortés para llevar a su fin la gran tragedia que va a llenar de horror las páginas de este libro. En vano los historiadores intentan encubrir la negra infamia con que se cargó para siempre aquel insolente y astuto cuanto afortunado capitán; en vano el vértigo monárquico, que ha embrutecido por tantos tiempos la Europa, nos ha privado de los documentos históricos más preciosos sobre la república de Tlaxcala; el ojo perspicaz del filósofo sabe distinguir entre el fango y la basura que ensucian el papel de las historias, algunas chispas de verdad, que no han podido apagar ni el fanatismo ni la servil adulación. Estas chispas lo conducen y cuando llega su día, desentierra los hechos y los presenta al mundo: y si no le es posible exhumar-

¹⁵ *Ibidem*, p. 533.

los de sus antiguos sepulcros en toda su integridad, a lo menos no los tuerce ni los afea con preocupaciones y con bajezas. [pp. 168-169.]

Este discurso implica explícitamente una revisión y reescrituración de la historia. En la época, es sabido que los principales archivos españoles estaban vedados a las miradas curiosas. Muchos manuscritos relacionados con la historia americana prehispánica se habían perdido o extraviado, o eran sencillamente ocultados por decisión de la Corona. Debe recordarse que no es hasta mucho después cuando se publican los documentos fundamentales sobre la Conquista que expresaban la visión discrepante y hasta crítica del suceso.

Toda la obra es un alegato que adopta la forma novelada para propalar mejor su mensaje. De su texto se desprenden subrepticamente inferencias tales como que fueron las divisiones internas de los mexicanos las que siempre favorecieron los triunfos de Cortés: se disminuyen y simplifican así los éxitos de éste en contraposición con una historiografía oficial que lo exaltaba, como política del imperio. Las disensiones en Texcoco (pp. 182-183) son un ejemplo de esto. Indudablemente, el autor de la novela es un jurista, pues en cualquier oportunidad busca demostrar la ilegalidad de la conquista y revelar sus equivocaciones esenciales, como aquella absurdidad manifiesta cuando Cortés proclama reyes legítimos de los territorios conquistados a los hijos de los reyes anteriores (por supuesto, sujetos a su mando: primera violación), cuando las costumbres del país estipulaban que la única vía de acceso al poder era la conferida por elección y para nada el sustento hereditario. En el colmo del desprendimiento, el héroe tlaxcalteca no ahorra sacrificios inmolados

Muchos manuscritos relacionados con la historia americana prehispánica se habían perdido o extraviado, o eran sencillamente ocultados por decisión de la Corona.



por su “heroísmo patriótico”: “Amor, pundonor, resentimientos justos, orgullo, vanidad, noble ambición, todas las pasiones son sacrificadas en tus altares por un hombre como Jicotencal” (p. 185).

Este asunto del desinterés patriótico es también preocupación de Heredia. En su artículo “Patriotismo” (*El Conservador*, junio y agosto de 1813), dice: “No titubharemos al pronunciar que el carácter distintivo del verdadero patriotismo es el desinterés, por manera que siempre que el provecho individual en los negocios públicos, debe asegurarse con aquella virtud, ha desaparecido”.¹⁶

Estos sucesos añaden nuevos y definitorios trazos al perfil estoico de Jicotencal. Soldado convertido en filósofo por fuerza de circunstancia y convicción heredada de su padre, se va desgastando por la labor callada y artera de Cortés. El campo español tampoco está tranquilo; ya resulta reiterativo señalar los pasajes comprometedores para el honor hispano que se incluyen en *Jicotencal* y no aparecen en la respuesta de García Baamonde, como la conspiración de Villafaña (pp. 191-192) que se nutre de la *Historia de la conquista de Méjico*, de Solís (Libro V, Cap. XIX), según destaca el autor desconocido para probar la veracidad. Ese autor salta a cada momento dentro de la acción y se convierte en un vigilante coprotagonista, con discursos que le aumentan lirismo a la trama y le quitan independencia a la vida de sus personajes; sobre la libertad, sagrado concepto, dice:

¡Este santo nombre se oye en la boca de nuestros envilecidos antepasados como el complemento y la recriminación de un asesinato! ¡Hasta dónde ha llegado la degradación de la especie humana!... Cuando se encierran como heroicas y grandes hazañas la devasta-

¹⁶ M. García Garófalo Mesa, ed. cit., p. 386.

ción de pueblos enteros, la agresión injusta de países pacíficos y remotos ¡la muerte y la desolación conducidas por un ambicioso y acompañadas de todos los crímenes y horrores de una soldadesca sin freno; cuando se veneran como hechos de la piedad más cristiana el haber levantado una cruz sobre los escombros de provincias enteras y sobre los cadáveres de millones de hombres y el haber convertido a algunos naturales, arrastrados por el miedo, o por la bajeza, o por el interés! ... ¡se osa profanar así el nombre augusto de LIBERTAD!... [pp. 192-193.]

Esta declaración sirve de precedente necesario para exponer la trampa, tormento y “proceso” de Jicotencal, que lo sitúan por este tránsito como un mártir paleocristiano de la fe, con la imagen siempre presente de la patria y la convicción del héroe de que ese suplicio será útil para la causa. No satisfecho con sus otras bajezas, Cortés llega en el último momento, por miedo a una declaración inoportuna, a drogar al condenado para que no levante los ánimos (p. 206) y, acorde con el perfil caballeresco que se ha trazado para el héroe, éste muere en el daldso, no en una gris refriega, enfrentando con valor su suerte, como nuevo Egmont asesinado por el despotismo (p. 207).

Dedicada a la beneficencia y diversas obras de caridad —sin convertirse al catolicismo, lo cual prueba lo innecesario del acto para la bondad real— Teutila se convierte en la imagen de la venganza: aquí se cumple el destino trágico señalado por el autor para sus protagonistas positivos, que deben desaparecer dejando una lección, en un ciclo dramático: matrona de las libertades, se transforma en una Carlota Corday que deberá ejercer la justicia sobre el tirano. Trágicamente, también, se frustra el in-

tento por un autoenvenenamiento apresurado y expira con el nombre de su amado en los labios.

Ya sin oposición alguna, triunfante por sus pecados y vicios, levantado sobre una larga serie de crímenes, Cortés termina la novela con la declaración inexorable de asumir su destino de dominio, como ángel negro de la conquista.